

zar espíritus incautos. Descubrí en él una propensión literaria dirigida hacia el vuelo vertical; es decir, propulsada por la técnica de una especie de autogiro lírico—el vuelo hacia arriba—con el riesgo de romperse la crisma contra el techo. Era preciso abrir una claraboya hacia los espacios libres, romper el cielo raso de su despacho. Y eso fué para él la poesía que yo puse en sus manos: trampolín para la evasión de aquellos problemas absurdos, falsamente llamados del espíritu, laberinto sin salida para su imaginación auténticamente meridional que le brindaba la Teosofía. Estos contactos espiritistas propenden inevitablemente hacia las supersticiones. Y Villalón, buen andaluz, con su aspecto, no de matador, de picador de toros—picador del 98—, era de los que se pasaban el día diciendo contra el maleficio: «¡Lagarto, lagarto!» y tocando madera. Villalón era el auténtico «antigafe».

—¿Quiere contarme alguna anécdota desconocida para el público?

—Sí. Esta, por ejemplo: Tuvo un criado cuyos servicios fluctuaban entre los de mayordomo y administrador. Vivía en la misma casa del poeta, y un buen día se le ocurrió morir de repente. Al regresar Fernando del campo, ya a la caída de la tarde, se halló con el para él pavoroso problema de tener que pasar la noche conviviendo con un cadáver bajo el mismo techo. Crecían sus angustias y terrores supersticiosos; puso a toda la servidumbre en movimiento para efectuar rápidamente el entierro y que se llevaran el difunto al depósito del cementerio sevillano para que allí aguardase las horas reglamentarias que han de preceder a los sepelios. Cuando el cuerpo del administrador fué sacado en hombros de la casa de Villalón, éste, a quien no le llegaba la camisa al cuerpo, habíase comprometido ya a realizar algunas penitencias ante la Macarena por el «mochuelo» que le quitaba de encima. Pero a la media hora, Concha, la sirvienta, llamó al despacho de Fernando: «¡Señorito, señorito, que nos han devuelto el muerto del cementerio!» Bajó Villalón las escaleras de tres en tres, y preguntó al cochero fúnebre, que aguardaba en la puerta: «¿Qué pasa?» «¡Na!» (dijo el cochero), que como el «sementerio» lo «sierran» a las ocho, aquí estoy con éste otra vez.»

Y respondió Villalón, entregándole un billete:

—Mira, toma estos veinte duros y estate dándole vueltas a la redonda hasta que abran mañana el cementerio.

Y así lo hizo; toda la noche los vecinos vieron pasar una y mil veces ante su puerta la carroza fúnebre del administrador.

Mientras habla Adriano miro unas cuartillas de Villalón. Constituyen un libro completo, inédito; una historia del toreo —300 páginas—, que titula *Taurofilia racial*; lo escribió desde mayo de 1925 a diciembre del 26. Voy leyendo títulos de capítulos: «Mitología taurina», «Personalidad del Filotauro»...

—¿No es éste aquel libro para el que se dice que pidió a Ignacio Sánchez Mejías un prólogo?

—No; aquel libro creo que no lo escribió nunca.

—¿Qué más cosas conoce inéditas?

—Hay una obra de teatro romántico, en verso, que creo se halla en poder de José Bergamín o de Encarnación López, *la Argentinita*. Se titula *Don Juan Fermín de Plateros*. Con el mismo título escribió también un romance. Leyó su obra a Ricardo Calvo, pero no llegó a estrenarla porque se atravesó la muerte del poeta.

Al salir de la casa de Adriano del Valle voy repitiendo en mente: «Conde de Miraflores de los Angeles, duque de la Giralda, señor de la isla de Tarfia, caballero veinticuatro de las marismas de Andalucía la Baja, ganadero de reses bravas que brindó la muerte del último toro de sus vacadas a la pura y estricta poesía andaluza perpetuada en su obra...» Reza así una lápida con letra fervorosa de Adriano del Valle: «... burladora del Tiempo y del Olvido, de las nubes y de los hombres, aun después de que sea finada nuestra quinta generación...»

